

Más de la juventud

José Martín Recreo

Atravesamos una época en que se habla constantemente de inquietudes, espirituales, de creaciones, de renovación en la idealística y hasta en la vida de nuestro país, sin embargo, de hecho, no se acusa por ninguna parte.

En España no existe ni una sola manifestación tanto artística como cultural que diga de las inquietudes espirituales de los españoles. No existe ni en poesía, novela, teatro o ciencia, nada donde destaque una inquietud salvo un caso aislado como un Camilo José Cela en la novela o, un grupo pobre de filólogos que creen que descubrir una palabra es un gran acontecimiento para un país.

Todo esto habla por sí solo de haberse perdido la fe en las criaturas, con ella, la exaltación de la propia personalidad y nuestro sentido español y cristiano.

Culpable de esta carencia de fe es sin duda la generación anterior a la nuestra. Son nuestros mayores

res los que forman una tela de araña tan bien  
medida que apenas nos dejan germinar ni una sola  
de nuestras ilusiones. Quieren materializarnos, hacernos  
ver un sentido de realidad judía y salvaje, sin  
pensar que en nosotros no ha muerto el hombre  
occidental. No ha muerto San Agustín. Continua-  
mente recordamos una de sus más hermosas frases  
que para suerte o desgracia nuestra va ligada a  
nuestro ser: "¡Inquieto estará siempre mi corazón,  
Hasta que descanse en Ti, Señor!"

Hay por tanto una fuerza sobrenatural y divina  
que alienta nuestra vida. ¡Toda nuestra vida! Nues-  
tra juventud no muere.

-Sabemos de otros hombres muertos por su propia  
desconfianza, escepticismo, perdida de fe y de  
sentimientos metamente españoles, y nosotros, con

esa fuerza divina que nos alienta, hemos venido (2)  
a enseñar con nuestro ejemplo el resurgir los  
ideales de nuestra raza.

Sentimos que el Estado no nos sienta  
en toda nuestra interioridad, no sabe preocuparse  
ni ver la falta de honradez que existe en tantas  
comunidades y miembros españoles. En las Univer-  
sidades españolas no dan el menor estímulo a la  
juventud. Viven su vida indiferente. Nos quieren  
convertir en máquinas memorísticas y para na-  
dan interesan nuestros pensamientos creativos.  
Nos quitan todo derecho a la exaltación de  
nuestra personalidad, nos hacen ver que somos  
muchachos oscuros y sin importancia.

Apoyados, de una parte, en estos hombres sin ilu-  
sion que solo piensan en vivir rutinariamente

su vida, esperando a la muerte mientras se mar-  
chitan; y, de otra parte, apoyados en un pueblo  
español inocente, destruido y marchito también,  
ha de surgir y está surgiendo un arte y un  
movimiento cultural que sabe del poco valor de  
una vida y que tiene conciencia de la trage-  
dia de un país. Sabemos del hambre, de odios  
y ~~de~~ de bajas pasiones, de ruinas espirituales  
y morales, de niños desnudos, de mujeres vesti-  
das de negro que sin su hombre se consumen en  
la soledad, de viejos que hablan solos por las  
calles pensando en el hijo vivo que la guerra  
se llevó; de madres que no lloran en silencio  
y no saben decir nada... ¡nada!; ¡de tantos  
españoles que no saben hablar!  
Repito que tenemos conciencia de un pueblo des-

trozado, conciencia de nuestras propias tragedias. (3)  
Nos hemos formado del barro de las entrañas de  
nuestro suelo, sabemos del dolor ajeno y de nuestro  
dolor. Ante este estar muy pegados a la tierra  
nacen nuestros sentimientos artísticos con un sentido  
puramente español y hondamente cristiano.

El Estado debe sentirse inquieto como la propia  
juventud; debe comprender nuestras necesidades es-  
enciales, aplicar su rigor ante la poca honra  
de los hombres, y pensar en ese pueblo al  
que la juventud hemos de cantar su epopeya,  
porque ese pueblo es la raza española olvidada.

¡Nuestra raza española destruida que ha de  
educar a sus hijos para el amor y no para  
el odio! ¡Esa raza que sabe perdonar y resignarse!

El Estado debe abrir puertas de amor con talento, sin  
verdad y valentía, estudiar lo que el arte y la  
cultura significa para un país, analizar el por  
qué los jóvenes españoles nos sentimos humillados  
ante el florecimiento de unos Estados Unidos o  
una Rusia soviética.

¡Nuestro arte al servicio del hambre y de la vida!  
¡Hacer un mundo nuevo nacido de nuestro dolor  
y de las entrañas de nuestro pueblo! ¡Desterrar  
influencias extranjeras, convencionalismos viejos  
para que surjamos puros anunciando con la  
angustia de nuestra voz, nuestros sentimientos  
raciales!

¡Crear --- he aquí el gran alivio del dolor y de  
la vida! ¡Crear --- he aquí el engrandecimiento  
de un pueblo!